



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1696

*Del académico de número don
Roberto Selles, acerca de*

ALBERTO MERLO

Señor Presidente:

El 10 del presente mes, a las dos de la madrugada, a los ochenta y un años, se marchaba de la vida, en su adoptiva Mar del Plata, una de las grandes voces argentinas y a mi juicio, la mejor del canto surero; que me disculpe el resto, pero estoy seguro de que opinarán como quien les habla. Me refiero al cantor, guitarrista y compositor Alberto Merlo.

No hubo grandes comentarios al respecto en los medios de difusión, al contrario del deceso no demasiado lejano de un cantor netamente comercial –imitador, en su estilo inicial, de Elvis Presley y luego, de Charles Aznavour–, como lo fue Sandro, sobre el que los diarios y, sobre todo, la televisión nos invadieron con homenajes y homenajes. Me pregunto si nadie se dio cuenta de que ahora se nos ha ido una de las voces argentinas mayores...

Don Alberto Merlo –un cantor que, a la inversa de Gardel, comenzó interpretando tangos, para pasar, definitivamente, al repertorio campero– había nacido el 2 de febrero de 1931 en Colonia Bossi, departamento de San Cristóbal, provincia de Santa Fe. Allí debutó, en 1949, como vocalista de la orquesta típica y característica de sus hermanos mayores. Más tarde, se radicó en Córdoba, donde cantó en la típica de Tito Biassoni, en la que compartía la faz vocal con otro futuro intérprete campesino, Abel Figueroa.

Cuando ambos se desvincularon de aquella formación, se unieron al cantor Fito Massari y formaron el trío Los Tabacaleros, con el que pronto actuaron en Buenos Aires. Luego, integró otro trío, con el mismo Figueroa y Rodolfo “Polo” Giménez, el autor de la célebre zamba “Paisaje de Catamarca”. Despuntaban los años 60 cuando decidió continuar como solista. Su primer larga duración contenía cantares de la mitad norte del país y una sola milonga, “Bordeoneando”, de Atahualpa Yupanqui. Pero la milonga, que siempre había cultivado en la intimidad, seguía tentándolo y decidió convertirse, exclusivamente, en cantor surero, en ese enorme cantor surero que conocimos, al que –no por nada– se le llegó a llamar El Señor del Sur. Desde entonces, milongas, estilos, cifras, huellas y triunfos constituyeron la materia prima de su labor artística.

En su faz de compositor, nos dejó algunas páginas que ya integran para siempre el acervo musical de la región pampeana. Por ejemplo, las milongas “Pa’ mí la cosa es así”, “El lunar de mi tropilla”, “Pulpería La Colorada”, “Reflexiones de un gaucho”, “El doradillo mentao” (las dos últimas sobre poemas de Luis Acosta García) y “Sobre el pingo del amor” (sobre poema de Andrés Cepeda); los estilos “Sobre el filo de la noche”, “Semblanza sureña” y “Aquel estilo olvidao”, y una infinidad de cantares plenos de argentinidad.

Estaba casado con Coca Fructuoso, una notable cantora surera e intérprete de varios instrumentos, que, lamentablemente, no ha sido difundida como merecería serlo. Las cenizas del artista fueron esparcidas por los campos de su natal Colonia Bossi, mientras su voz continúa dispersa por todo el país, a través de la magia del disco, como para que no nos olvidemos de que fue uno de los grandes.

Villa Ballester, 14 de abril de 2012

ROBERTO SELLES
Académico de número
Titular del Sillón “Dante A. Linyera”